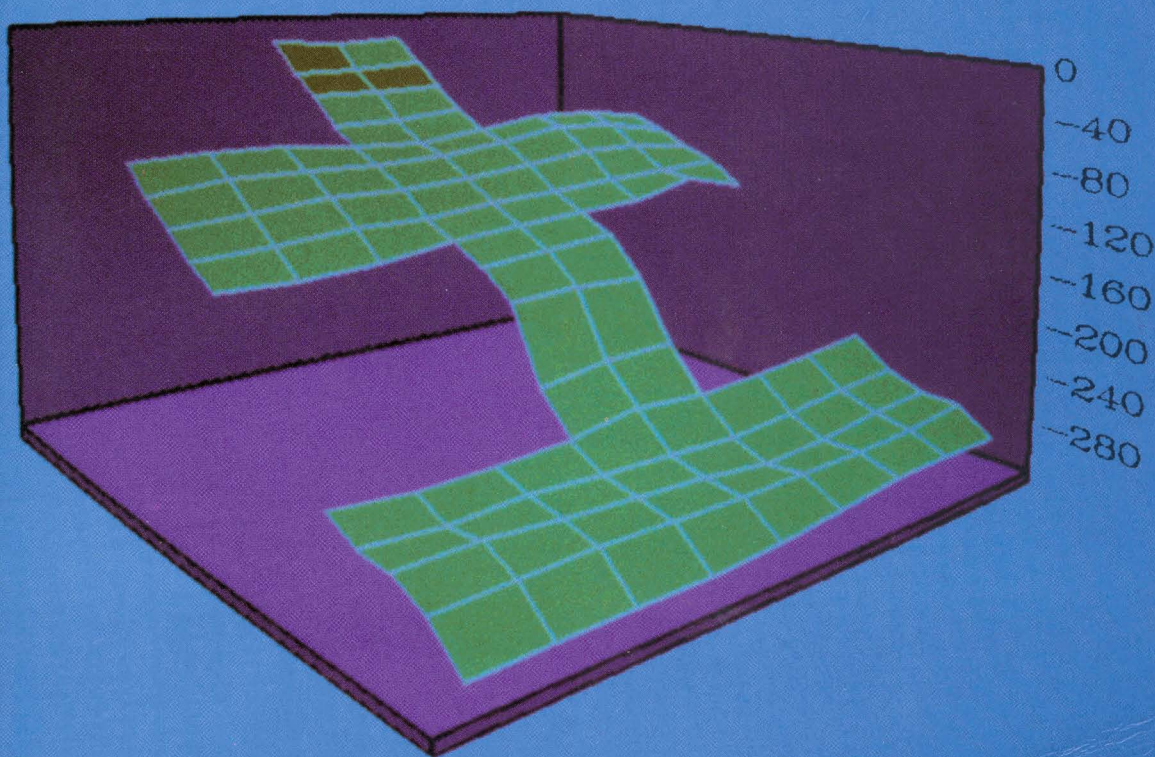


NUEVAS  
TENDENCIAS

# ARQUEOLOGIA

Coordinadora: ASUNCION VILA



Consejo Superior de Investigaciones Científicas

# La prehistoria de la teoría arqueológica en el Estado español

V. Lull

Dept. Història de les Sòcietats Precapitalistes i Antropologia Social.  
Facultat de Lletres. Universitat Autònoma de Barcelona.

## 1. De los orígenes a 1984

Esbozar un panorama sobre los primeros trabajos de reflexión teórica en la arqueología del Estado español es, según se mire, una tarea ardua o muy sencilla. Resulta sencilla si nuestro objetivo consiste en analizar propuestas teóricas explícitas vertidas en obras específicas de reflexión, pero se convierte en profundamente ardua si lo que pretendemos es extraer «teoría» de la ingente bibliografía de corte empírico que nos inunda.

Podría escoger otra vía menos radical y aparentemente al día (por el éxito que comporta) que consiste en etiquetar las reflexiones. Este proceso, que podríamos denominar *reflexionismo*, es un procedimiento mediante el cual se encorsetan las diversas teorías y, en ocasiones *teorías* (1), dentro de una normativa, sistematizada o no, de *ismos* archiconocidos (relativismo, funcionalismo, positivismo, estructuralismo, etc.) que funcionan como archivos «comecocos» diferenciados. Este procedimiento tiene la enorme ventaja de prescindir de la historia (los *ismos* pueden atravesarla cómodamente a gusto del investigador). Al sustraerse de ella, el método deviene emancipado y pretende explicar la historia desde la asepsia de las categorías estrictamente ideales no contaminadas por lo real (2). Estos cajones de sastre (desastres, por supuesto) tienen, además, la virtud de convertirse en taladros normativos que actúan reiteradamente sobre el indefenso aprendiz de reflexionismos y aspiran como objetivo principal a silenciar cualquier idea casquivana que coquetea con la historia.

El éxito del reflexionismo está asegurado por dos motivos: el primero, porque los lectores de textos academicistas siempre agradecen una nueva (otra más) clasificación de las escuelas o corrientes del «pensamiento arqueológico», y porque, con el recetario consumido, pueden emprender la quisquillosa tarea de etiquetar sus propias lecturas al antojo de la convención (del poder) y, quién sabe, «especializarse en teoría», como el que se especializa en fauna, por ejemplo. Por otro lado, siempre resulta fácil vivir en un mundo donde las ideas no tienen historia y cuando no «encajan» con lo que pretenden explicar es porque lo explicado se considera «en cierta medida» deformado o no es *sino-en-cuanto-a-lo-que-pensamos*. Esto resulta

---

(1) Como diría Paloma González Marcén.

(2) Para los epistemólogos, una aclaración: las categorías de análisis son, por supuesto, racionales, pero no surgen de un entrecruzamiento neuronal autorreferenciado.

sencillo en el limbo reflexionista, donde la teoría y la práctica tienen padres y madres reconocidos y donde el «compromiso social» concuerda por definición con los «posicionamientos teóricos». Sin embargo, en la realidad, eso que está afuera y, en cambio, constituimos nosotros mismos, no se presenta en esa forma ideal, no es sinónimo de la razón y eso no lo vamos a olvidar aquí.

Los fundamentos de la historia no están constituidos por los sucesos que la *inscriben* pero, por supuesto, no son ajenos a ellos. Los que trabajamos en historia (que no es lo mismo que trabajar con ella) sabemos lo falaz que resulta generar categorías acomodaticias que dan la impresión de explicar el mundo cuando en realidad constituyen puntualmente la moda del mundo, la cobertura con que lo vestimos, adornamos o recreamos y, en ningún caso, *corresponden* al mundo que analizamos. Dado que hacer historia es un acto científico de conciencia no debemos permitir recrearnos en la ciencia para ocultar la conciencia de nuestra estupidez. Por otro lado, soy de los que piensan que hacer historia no es lo mismo que escribir historia. Para hacer historia el posicionamiento reflexivo debe transformarse en compromiso social. Este tipo de reflexión (teoría) histórica tan antiguo no ha aterrizado todavía en la arqueología.

Por todo lo expuesto, el comentario que sigue parte de una perspectiva histórica y trata exclusivamente de los trabajos que tienen como objetivo arqueológico específico la teoría o la metodología de carácter no instrumental. Tan sólo en aquellos casos que consideremos representativos valoraremos las reflexiones incluidas en obras no estrictamente teóricas, pero que dedican a estas cuestiones capítulos o apartados independientes, siempre que su base teórica sea explícita y no se limite a un esbozo de teoría aplicada. Naturalmente, sólo podremos tratar de pasada a los investigadores «epistemológicamente» tradicionales que «formaron» a la mayoría de los que trabajamos en arqueología. No obstante, no olvidaremos a dichas personalidades cuando incidamos en cuestiones de contexto histórico, ya que desde el poder generaron actitudes disciplinarias de dependencia extracientífica que constituyeron la única vía de acceso a los puestos de trabajo. Para aquellos casos excepcionales que tuvieron la delicadeza de permitir disidencias vaya desde aquí nuestro agradecimiento por haber estado en el lugar y momento oportunos para, al menos, no prohibir «salidas» arqueológicas alternativas.

Aquí y ahora, la arqueología, como cualquier oficio que reporta beneficios (al parecer, de todo tipo) es tridimensional. Tiene una práctica, una teoría y una proyección social nada ajena a aquéllas. Algunos ven en la práctica un epítome de la teoría (entienden la razón como producto de una «decisión libre») y en la proyección social un sinónimo de reconocimiento social. Dado que la práctica en sí misma y por sí misma, sin más, es una espiral de locura, los arqueólogos tienden a reclamar, cada vez con mayor fuerza, actitudes racionales (aunque sean más nominalistas que reflexivas) y reivindican un lugar para la teoría en los proyectos de investigación arqueológica. Sin embargo, tal énfasis no ha supuesto un incremento de este tipo de proyectos, pues los que llevan a cabo programas «reales» de investigación siguen siendo los arqueólogos *de siempre* que continúan excavando yacimientos sin cesar (y sin programa, en la mayoría de los casos). Unos pocos arqueólogos de este país intentan sintetizar teoría y práctica de una manera higiénica (es *lo-mejor-que-se-puede-hacer*) y algunos menos reivindican la dialéctica entre teoría y práctica (tanto científica como sociopolítica).

¿Cómo se ha llegado a esta situación? La práctica constituía tradicionalmente la definición de arqueólogo. Todo profesional que conseguía acabar una carrera interminable y llena de despropósitos era arqueólogo de derecho, pero de hecho, sólo lo lograba si contaba con expectativas de proyección social en la jerarquía académica de la disciplina, en otras palabras, «padrinos». Las clientelas tradicionales se caracterizaban (todavía se caracterizan) por una praxis específica de investigación, centrada en aquellos campos de la disciplina que no habían merecido la atención de la mirada preclara del poder académico. Una sonrisa cómplice y el encanto personal contribuían positivamente al rito de iniciación de las nuevas generaciones. Así pues, la Academia decidía (todavía decide) qué, dónde y cómo pensar o actuar, sin importar el porqué científico, ya que, por supuesto, el último interés no era (ni es) científico sino sociocoyuntural.

Tal sistema paternalista era el correlato universitario de la situación sociopolítica del Estado español hasta 1970 y fue cobrando virulencia y decantándose todavía más hacia el *pater-fascismo* durante los últimos años del franquismo mediante una escalada de terror en las aulas y en las fábricas vendida al gran público como producto de la «apertura» informativa. Hasta la muerte del dictador la situación universitaria no tenía por qué cambiar.

Cuando se inició la reforma, la universidad se vio obligada a emprender un proceso de travestismo integrador de reflexiones y actuaciones disidentes, y de actitudes y realidades tradicionalmente autoritarias. Los «nombres» del poder académico siguieron siendo los mismos, pero demostrando una «firme voluntad» de cambio (voluntad de cambiarlo todo para no cambiar nada). Simultáneamente, y por otras vías, se llegaba al acuerdo de ir actualizando la caduca legalidad universitaria (proceso no concluido todavía).

Patéticamente, muchos viejos disidentes, en nombre de la democracia, continuaron a la sombra de las *patums* arqueológicas hasta que las sucedieron. Ellos y otros muchos que accedieron al poder por vías políticas consideradas alternativas, reprodujeron paradójicamente la vieja situación competitiva y nominalista. Quizás la propia democracia sea la razón de tal desaguisado, dado que el camino obligado (¿escogido?) por la transición fue (y sigue siendo) un acuerdo que exigía minimizar posturas encontradas. Por desgracia, la *politeness* en la reflexión científica sólo puede producir ensayos sobre la vida.

En 1981 empezó a observarse un cambio rotundo en la transición. La Casa Real dio luz verde definitiva a la democracia tras el intento de golpe de Estado de febrero de 1981 y se fundieron los hielos de la punta del iceberg. Dado que era evidente que no habría involución aparente, las cosas comenzaron a cambiar de signo a partir de ese momento.

¿Qué importancia tiene esta historia en nuestra pequeña historia de la reflexión teórica en arqueología? He creído necesario proponer dos *tempos* (hasta 1981 y de 1981 a 1984) que constiuyen el marco referencial de los dos tipos de discurso teórico que de hecho se «podían» hacer entonces o se hacen recientemente en este Estado: el discurso *de la resistencia* y el discurso *de la competición*. Ambos tienen su respectiva historia. El discurso de la *resistencia* pretendía, y todavía desea, participar en la transformación del mundo a partir de un microcosmos determinado (por ejemplo, una disciplina específica como la nuestra) entendido como segmento significativo del mundo y el de la *competición* está constituido por todas las propuestas

que compiten para obtener un lugar «científico» específico dentro de esa misma disciplina (lugar que será propiedad y engendrará fortuna laboral y académica).

Evidentemente, el discurso teórico de la *resistencia* se basa en el compromiso científico, político y social y el de la *competición* busca la reproducción social del «teórico». Dado que, ante el dominio de la estupidez, no creo que debamos abandonar las barricadas (aunque en nuestro ámbito tan sólo sobrevivan en unas pocas aulas) el lector podrá etiquetar mi discurso tal y como se lo permitan sus mecanismos de reproducción. Esta declaración de principios resulta muy apropiada en un artículo de teoría, dado que los principios son parte constitutiva de teoría. Es más, la génesis teórica no es ajena a una ideología cargada de deseos políticos (detrás de cualquier propuesta existe un deseo de cambio que busca beneficios sociales y, por supuesto, personales). El texto que sigue no es un discurso represivo, ni el discurso de la buena conciencia, como diría Barthes (1971: 14), sino un ejercicio violento frente a la violencia de otros discursos. El «desplazamiento» de nuestro texto viene dado por la exigencia de hacer explícita la violencia del discurso y para evidenciar la violencia implícita de los discursos puros y asépticos.

### 1.1. Hasta 1981

Sobre un trasfondo social definido por la represión ideológica y las graves limitaciones económicas, la reflexión *comprometida* en aquellos tiempos comprometidos se ocupaba principalmente de luchar contra los atropellos sociales y, en unos pocos casos, denunciaba el estado científico de la universidad. No había tiempo para más. Curiosamente, durante esta época el discurso de la competición no existía, ya que probablemente sus miembros potenciales invertían su energía en conseguir un lugar en el *ranking* «clientelar». Así pues, antes de 1981, pueden señalarse en el campo de la arqueología tres grupos de reflexiones sobre los fundamentos de la arqueología o sobre la situación social de la disciplina:

a) Las reflexiones de profesionales inmersos en la lucha social global que denunciaban públicamente, en ocasiones, la situación de la arqueología en las instituciones del Estado.

b) Las «nuevas» propuestas arqueológicas que se ofrecían como alternativas epistemológicas desde fuera de la disciplina (principalmente desde la antropología).

c) Las reflexiones de colegas cuya reproducción profesional no «pendía» del poder establecido en las instituciones estatales.

El primer caso está escasamente ilustrado, sólo conozco el de la *Assemblea d'Arqueologia de Catalunya* que se movió desde 1977 a 1980 intentando que la «deseada» Generalitat recogiera una plataforma de compromisos mínimos surgidos desde la base profesional. Voy a tratar este caso puntual de lucha científico-política para evitar que se pierda la memoria histórica del esfuerzo colectivo que llevaron a cabo la mayoría de los arqueólogos catalanes y que se vio superado por el rodillo de los pactos políticos macroestructurales. Seguramente, en otras regiones y nacionalidades del Estado se produjeron otro tipo de alternativas, pero las desconozco y lamento no poder tratarlas. Mi ignorancia al respecto ilustra el éxito de la arqueología oficial en olvidar la historia del pasado reciente.

Aunque en su origen la *Assemblea d'Arqueologia de Catalunya* surgió paralelamente a la *Assemblea de Musseus*, pronto quedó claro que los caminos emprendidos por ambas eran profundamente divergentes. La *Assemblea d'Arqueologia* vindicaba fundamentalmente algo más que una representación democrática en la futura institución responsable de la arqueología en Catalunya. Se propuso como institución-marco la creación de un *Servei Nacional d'Arqueologia* que generara un *Pla de conservació, salvament del Patrimoni Nacional*, que no se especializara en temas administrativos y que sometiera periódicamente a debate asambleario sus propias decisiones. Sus objetivos serían gestionar el patrimonio y promover y subvencionar programas específicos de conservación, restauración e investigación. Para ello, se debería establecer un programa de actuaciones arqueológicas sobre el patrimonio al igual que un programa de política arqueológica transparente, democrático y asambleario.

Se realizaron cuatro reuniones, alguna de ellas dividida en sesiones independientes. La primera reunión convocada por una circular anónima del 15 de octubre de 1977 remarcaba que «Davant del canvi general del país després de les eleccions legislatives del 15 de Juny de 1977 y d'haver aconseguit la Generalitat provisional de Catalunya (...) és obligat plantejar-se una alternativa de democratització a tots nivells». Se insistía en la necesidad de redimensionar la profesión de arqueólogo y proyectarla socialmente, y en una redistribución de los puestos de trabajo no arbitraria ni partidista. También se exigía que fueran los propios arqueólogos los que elaboraran el organigrama de la arqueología en el marco de la *Conselleria de Cultura* de la Generalitat. Una segunda circular, también anónima (20 de noviembre de 1977), repetía la introducción de la anterior, pero resumía el objetivo: *L'Assemblea* estaba «per donar alternatives a tota la nostra problemàtica». Todavía una tercera circular (8 de febrero de 1978) acordaba la necesidad de convocar una primera reunión el día 18 de febrero en el Museo Arqueológico de Barcelona con un escueto orden del día [a) antecedentes históricos de la Arqueología Catalana, b) preparación de la futura asamblea de arqueólogos, y c) situación profesional de la arqueología y presentación de organigramas de funcionamiento]. Esta tercera circular hacía constar que el documento surgía de una reunión de representantes de *l'Institut d'Arqueologia i Prehistoria de la Universitat de Barcelona*, de *l'Institut de Prehistòria i Arqueologia de la Diputació de Barcelona* y del *Servei Tècnic d'Investigacions Arqueològiques de Girona*. En realidad era una reunión de unos pocos miembros de las instituciones citadas que, en ningún caso, las representaban, toda vez que los mandatarios (evidentes o en la sombra) de las mismas no participaron en ningún tipo de reuniones previas hasta que les convino. Por fin, una cuarta circular anunciaba la asamblea para el 16 de abril en el Museo Municipal de Badalona (nótese el cambio de sede) y con un orden del día que resumía el único objetivo: «organitzar l'arqueologia de Catalunya mitjançant un procés democràtic d'acord amb la nova situació política».

Ya en la *Assemblea* se presentaron diversas propuestas organizativas, una de las cuales recogía el sentimiento de «responsabilitat davant l'història i l'opinió pública actual (...) ja que el que nosaltres resolguem fer amb la nostra arqueologia serà un exemple per als altres pobles de l'Estat». En las actas de esta primera reunión (Badalona, 18-2-1978) están recogidas las diferentes perspectivas políticas catalanas. Resultó sobrecogedor asistir a la emergencia de viejos intereses disfrazados de nuevos intereses. Durante los seis meses transcurridos entre la primera y la última

circular se hizo evidente que la *Assemblea* que se avecinaba podía convertirse en un arma política de gran calibre por lo que los partidos se aprestaron a buscar un lugar frente al autoritarismo ancestral. De este modo, asistimos todos juntos a la metamorfosis del «ideal» de organizar la arqueología de Cataluña a la realidad tangible de una lucha coyuntural por el poder en el campo de la arqueología.

El desembarco de los poderes arqueológicos tradicionales no tuvo lugar de una manera efectiva hasta la última reunión, pero ya desde la primera los más avispados vieron que la maravillosa (por irreal) solidaridad original se rompería pronto en dos bandos, uno oficialista reformista (alianza entre los tradicionales y los demócratas de «lo posible») y otro alternativo (que sólo era utópico en el discurso de los primeros). El fracaso de la alternativa, nada ajeno a la política que llevaron a cabo las familias políticas tradicionales, imposibilitó cualquier tipo de ruptura real con el inmovilismo de la arqueología académica y al igual que había ocurrido en el ámbito político global, la reforma siguió adelante en el microcosmos arqueológico. El triunfo del viejo poder con el lavado de cara que proporcionaba el proceso democrático se consiguió invocando madurez y orden, poniendo en cuestión (por anarquista) la estructura asamblearia alternativa y mediante una sencilla estratagema de pura cepa democrática que fue sembrada por los tradicionales y aliados al insistir que los aficionados debían ser reconocidos como miembros de pleno derecho en la *Assemblea* (3). La trampa estaba servida, muchos «progres» dudaron en votar contra unos «compañeros» que poseían en ciertos casos una formación empírica mucho mayor que la de ellos (aunque la mayoría eran, y siguen siendo, los principales causantes del expolio del patrimonio catalán); otros, por sus vínculos de origen (por nacimiento, intereses, etc.) o por problemas cotidianos de residencia e incluso porque excavaban en lugares que aquéllos habían descubierto, no podían tampoco enfrentarse de por vida al aficionado o aficionados de su localidad. En suma, la trampa democrática se saldó con un acuerdo entre los de siempre, los políticos de la reforma y los aficionados escogidos «a dedo».

Toda reflexión teórica de la *Assemblea d'Arqueologia* se perdió. El bando triunfador no había realizado ningún documento de fondo sobre problemas arqueológicos, al contrario que los alternativos, que habían presentado diversas ponencias al respecto: *Alternatives dins el marc professional de l'Arqueologia*, *Situació professional de la Arqueologia*, *Apuntes fundamentals para una arqueología marxista*, *Manifest per una arqueologia útil*, *Manifesto para una arqueología marxista*, etcétera, documentos que no han visto jamás la luz y que tienen escasas probabilidades de verla, pues a ninguna posterior institución catalana de arqueología le ha interesado curar la amnesia sobre aquellos años y textualizar su prehistoria. Sólo los pocos que conservan la memoria recuerdan con nitidez quiénes fueron los que no quisieron que las cosas cambiaran y dónde están ahora, y no se extrañan de la situación arqueológica actual de Cataluña (4).

---

(3) Debemos aclarar aquí que los aficionados que la *Assemblea* debía reconocer como arqueólogos de pleno derecho eran los «históricos», es decir, aquellos que desde hacía tiempo se movían en arqueología y que, por tanto, habían convivido con el poder tradicional.

(4) Aún recuerdo la cara de desespero y el balbuceo del director general de Arqueología de la Generalitat de Catalunya cuando le pregunté en las *Primeres Jornades de reflexió sobre la situació professional en arqueologia* celebradas en las Cotxeres de Sans en febrero de 1987, dónde

La mayoría de los miembros del grupo alternativo desviaron su atención a campos de actuación extraarqueológicos y reflexionaron sobre su profesión desde la soledad de los grupos de presión. El rapapolvo que se sufrió resultó menos democrático que el proceso en el que se había inscrito. Muchos de los que tenían trabajo fueron reducidos al ostracismo en su propia casa y los que no lo tenían tardaron en encontrarlo o dejaron la arqueología.

La *Asamblea* es un ejemplo del triunfo de las «ideas» de los que hacían arqueología por aquellos años en Catalunya, ideas similares a las que dominaban en el resto del Estado. Se operaba a partir de un axioma, el miedo: los arqueólogos que osaban enfrentarse al poder reducían considerablemente sus expectativas de proyección social. Es por ello que, desde 1970 a 1981, lo «legal» consistió exclusivamente en criticar los procedimientos de la arqueología como si de un ente se tratara. Ese es el motivo por el que difícilmente se encuentran denuncias de la situación social que vivían los arqueólogos (5). Las críticas «formales» procedieron de esferas universitarias ajenas a la disciplina. La principal vino de la antropología.

Los antropólogos podían rechazar la arqueología de aquellos momentos sin muchos riesgos por dos motivos principales: estaban a salvo del radio de acción de los arqueólogos que ostentaban el poder y porque su actitud únicamente podía reportarles beneficios al exigir para la arqueología un tipo de «epistemología» que, a la larga, supondría una sutil apropiación *metodológica* de la disciplina, tanto más cuanto que en aquella época comenzaba a fraguarse la posibilidad de que la antropología fuera una especialidad universitaria.

En esta situación, no es extraño que dos revistas de «americanistas» fueran las primeras en introducir en España la idea de que «la arqueología americana era antropología o nada», que Willey y Phillips, parafraseando a Maintland hicieran famosa en 1958 (6). Si bien, la *Revista Española de Antropología Americana* realizó una labor encomiable como correa de transmisión teórica desde comienzos de los años sesenta, mucho más impacto produjeron en el campo de la arqueología dos números monográficos sobre Teoría Arqueológica publicados en 1971 en los *Cuadernos de Antropología Social y Etnografía* del Seminario Español de Antropología de la Universidad Complutense de Madrid. En la introducción al volumen 3, M. Rivera arremetía contra la idea tradicional de la arqueología como ciencia auxiliar de la historia, con un papel relegado a esquemas historiográficos y con el objetivo de hacer tipologías y esbozar comparaciones. Para Rivera la arqueología así entendida carecía de base teórica, pues se dedicaba exclusivamente a excavar y describir, lo que no era ningún objetivo científico. Además, la terminología utilizada resultaba equívoca al manejar de forma ambigua sus categorías de análisis (extraídas fundamentalmente de la antropología). En suma, se tildaba dicha arqueología de historicista, descriptiva y difusionista. El énfasis que pone Rivera en considerar que

---

había publicado la Generalitat los criterios, primero, y las decisiones, después, sobre los proyectos arqueológicos de investigaciones catalanes.

(5) Tampoco hoy son comunes por el riesgo que comportan.

(6) Willey y Phillips, 1958: 2. No hace falta abundar aquí en las causas por las que las tradiciones arqueológicas europea y norteamericana son esencialmente diferentes. En nuestro estado, puede encontrarse un eco de la arqueología antropológica sorprendentemente inmediato, en Esteva, 1959. Por otra parte, la mayoría de las referencias a la famosa frase «la arqueología es...» excluyen el adjetivo «americana», lo que no resulta ingenuo en ningún caso.



la historia, en cualquier caso, es reduccionista (porque se reduce, según él, a hechos dudosamente significativos) se inscribe en el continuo intento de los antropólogos culturales en dar dimensión cronológica a la etnología. Por ello, la propuesta de que la arqueología debía de pasar de ser auxiliar de la historia a instituirse como método de la antropología no resulta inofensiva ni procede exclusivamente de la lógica deductiva. Paradójicamente, el objetivo de esa arqueología antropológica sería, al fin y al cabo, inferir instituciones a partir de los elementos de la cultura material (procedimiento similar al que la arqueología tradicional ha adoptado siempre). Obsérvese que el sistema propuesto por Rivera parte del de los niveles de inferencia de Willey (Willey *et al.*, 1953), según el cual, tras un recuento de observaciones empíricas de variado signo (medioambiente, patrón de asentamiento y tecnología) se infieren características de los sistemas sociopolíticos mediante dos tipos de analogías, la específica o histórico-concreta y la general o comparativa, a la luz de una Teoría Antropológica General (7), todo ello avalado por las modernas técnicas de muestreo y medición. Este esquema empiricista fue el que Binford recogió y le sirvió de base para proponer su *New Archaeology* una vez convenientemente filtrado por el positivismo lógico hempeliano, por la ecología cultural de Steward y por el materialismo formal de White. Precisamente, en el volumen de *Cuadernos* mencionado anteriormente se presentaba el artículo fundacional de la *New Archaeology* (8).

Alcina, en 1973, reiteró la necesidad de la arqueología antropológica, anunciada por Esteva en 1959 y por Rivera en 1971, al presentar un análisis de la arqueología española en la *I Reunión de Antropólogos españoles*, realizada en Sevilla en 1973. Se insistía en las carencias crónicas de «nuestra» arqueología (falta de orientación teórica, esquema historicista, ausencia de programas coherentes de investigación, obsesión por la descripción, desinterés por la interpretación y escasez de estudios medioambientales, interdisciplinares o multidisciplinares). Alcina veía una causa general en el distanciamiento de la arqueología con respecto a las ciencias naturales, es decir, en la adscripción histórico-humanista de la disciplina, y una causa concreta en la intolerancia reinante en la época (se cita textualmente el antimarxismo dominante). Proponía al final lo que ya hemos citado anteriormente, una arqueología como «aplicación antropológica».

Al margen de los intereses que pudieran tener los antropólogos en la arqueología, al criticar abiertamente los esquemas que dominaban en nuestra disciplina sembraron la duda sobre los procedimientos que seguía la arqueología oficial. Los que nos asomábamos, en aquel entonces y por la universidad, a la vida política del Estado

---

(7) Las mayúsculas son intencionales. Se suele considerar, por regla general, que la antropología cuenta con una Teoría General específica, pero mucho nos tememos que tal presunción sólo reside en la mente de algunos antropólogos maximalistas. En antropología como en arqueología existen en la actualidad tantas teorías generales como corrientes de pensamiento o grupos de influencia. En ningún caso, la profusión de artículos «teóricos» en una disciplina resulta un indicador válido de que se cuenta con una Teoría General. Así pues, cualquier propuesta en el sentido de que la arqueología debe cobijarse en la teoría antropológica debería ir acompañada del apellido antropológico referencial. Mucho nos tememos que las diversas arqueologías tienen su correlato en las diversas antropologías y en las diversas historias sólo bajo la exigencia de unicidad científica, y nada tienen que ver unas con las otras cuando domina en ellas el binomio progreso-competencia.

(8) Traducción al castellano de *Archaeology as Anthropology* (Binford, 1962).

comenzamos a sospechar que los que exigían el respeto profesional merecido, los que ostentaban el poder arqueológico y los que nos daban casi todas las clases, eran los mismos. En suma, la arqueología que se podía aprender y más tarde hacer, siempre respondía a una misma arqueología (incluso los que estaban «moralmente» en contra hacían la misma arqueología). Hoy día resulta patético que una opción americanista resultara, en aquellos tiempos, demasiado liberal como para ser permitida. Casi da risa que propuestas tan blandas como las de la arqueología antropológica fueran consideradas subversivas por las *patums* arqueológicas cuando ni siquiera lo eran para las *patums* antropológicas que empezaban a vislumbrarse. Entre el *pater fascismo* y el liberalismo librepensante no existían conflictos ideológicos, sólo distancia y conflicto de intereses cuando buscaban nuevas rutas de influencia donde encauzar su tráfico específico. Las ideologías que resultaban verdaderamente subversivas, en cambio, procuraban silenciarse por medio de variados mecanismos que impedían su llegada a un mayor número de personas (negándoles lugar en revistas, obviándolas en reuniones o congresos, o peor aún, «neutralizando» a sus defensores).

La segunda crítica formal contra la arqueología que se hacía en el Estado antes de los años ochenta procedía de fuera del país. Se trata de una crítica tan personalizada que tiene sólo un nombre: Gran Aymerich. Este investigador fue el primero en insinuar las deficiencias de la arqueología tradicional española en dos comunicaciones presentadas en 1973 y 1975 a los *Congresos Nacionales de Arqueología* celebrados en Huelva y Vitoria. En 1973, Gran Aymerich se sumaba a los sectores de la investigación arqueológica interesados en desarrollar un «arsenal epistemológico». Criticaba mesuradamente la arqueología tradicional y proponía clasificar los datos arqueológicos en dos clases: extrínsecos (medio ambiente del objeto en el momento de su hallazgo [?], origen, lugar de conservación, etc.) e intrínsecos (morfología, decoración y tecnología). Aunque la propuesta se reducía en este artículo a una declaración de intenciones, resulta interesante el reconocimiento de que un «análisis más o menos preciso de estos datos dependerá de las proposiciones teóricas lanzadas y de los métodos de análisis practicados». Tal aserto unido a la necesidad de «una articulación dialéctica entre la teoría y la práctica (praxis)» desmarcaban las ideas de Gran Aymerich de las normales en aquella época. Dos años más tarde, reconocía que en sus primeros trabajos destacaba el interés «por los criterios metodológicos y especialmente los referentes a procesos de análisis y ordenación de datos», pero «en la coyuntura actual de la investigación arqueológica se acentúa la necesidad de definir los conceptos que engloban *lo práctico y lo teórico*, su relación con la metodología y precisar lo que puede entenderse por sujeto arqueológico, así como identificar las estructuras y las funciones del fenómeno arqueológico de nuestras sociedades».

En 1975 explicitaba que la arqueología estaba en crisis y que las perspectivas teóricas suponían dos arqueologías, la tradicional, «práctica arqueológica actual con su empirismo dominante (que) tropieza (...) con la insuficiencia de conceptos teóricos», y la reciente, marcada por el «aumento de análisis críticos y de orden teórico sobre el fenómeno arqueológico» y que han «acelerado nuestra evolución hacia el estudio de las estructuras teóricas de la investigación arqueológica».

En esta comunicación se encuentra una interesante reflexión sobre la destrucción del patrimonio que enfatiza la relación dialéctica existente entre un acelerado progreso

económico y la persistencia de órganos políticos de gestión obsoletos. Una última sugerencia de Gran Aymerich ha tenido poca fortuna a pesar de su atractivo. Su definición de las grandes familias o ramas de la disciplina (protohistórica, prehistórica, histórica, clásica, medieval, industrial, etc.) como «géneros» (al modo de la literatura) arqueológicos se adelantaba a su tiempo y bien podría incluirse entre las propuestas postmodernas, ya que explicitaba ocho años antes que los arqueólogos contextualistas que «a través del análisis de las propiedades del género protohistórico pensamos acceder a las propiedades del hecho arqueológico en general», frase que tan sólo cobra sentido en el ambiente postestructuralista de las *humanités* francesas de comienzos de los setenta (9).

Desgraciadamente, muchas de las ideas de Gran Aymerich sobre teoría arqueológica no se formalizaron posteriormente, aunque, al parecer, siguieron inspirando los programas de investigación del autor. Estas comunicaciones presentadas en congresos oficiales de arqueología demuestran que, en ciertas ocasiones (siempre oficiales), los viejos procedimientos «científicos» podían ponerse en cuestión y por escrito. Dado que este tipo de críticas eran contraproducentes sólo para su autor y no causaban ningún disgusto al sistema general, no pueden tildarse de subversivas, pero sí de molestas. Esa era, a la vez, la ventaja (poder decir lo que se piensa) y la desventaja (tener difícil volver) de trabajar fuera de España (10).

Conozco de esta época tan sólo dos publicaciones cuyo objetivo de investigación no era estrictamente el teórico, pero que explicitaban y dedicaban espacio a planteamientos de este tipo. La primera de ellas (Gómez Fuentes, 1979) dedicaba unas pocas páginas a problemas de metodología no instrumental y mantenía una actitud teórica subyacente en todo su desarrollo. Tuvo la suerte de ver la luz pronto y la desgracia de una distribución escasa.

La segunda fue la publicación de mi tesis doctoral sobre El Argar, presentada en Barcelona en 1980, donde se proponía abiertamente «un modelo de estudio para las formaciones económico-sociales prehistóricas», según rezaba el subtítulo y comenzaba con un apartado dedicado explícitamente a cuestiones de teoría y metodología. Las instituciones mostraron un neto desinterés en su publicación, nada ajeno a su marxismo explícito. Finalmente, una editorial de Madrid la publicó tres años después (Lull, 1983) en la primera serie específica de arqueología que una editorial privada publicaba en España (cfr. Ruiz Zapatero *et al.*, 1989). Ello se debió, por supuesto, a que yo mismo era uno de los directores de la serie. Puede parecer increíble que personalidades universitarias reconocidas hayan sido hasta época muy reciente tan recelosas frente a ciertas formas de pensar. Nada mejor para ilustrar esto que dos ejemplos. El profesor Blanco Freijeiro saludó la aparición de esa serie en el mercado estatal preocupado por el «tufillo de manifiesto tendencioso» que se desprendía del artículo de presentación de los editores (11). Incluso una crítica al libro de *El Argar* realizada por jóvenes profesionales en aquel entonces

(9) Todos los entrecomillados son reproducciones literales de los textos presentados en 1973 y 1975 y publicados en 1975 (pp. 71, 72 y 71) y 1977 (pp. 43, 44, 46 y 47, respectivamente).

(10) Si mis informaciones son correctas, Gran Aymerich no gozaba de ningún puesto de trabajo oficial en el Estado español en aquellos tiempos.

(11) A. Blanco Freijeiro. Reseña del libro de G. Clark, *Arqueología y sociedad. Historia* 16, año VI, n.º 60, 1981: 145.

expresaba juicios de valor tan desconcertantes como este: «Algo más criticable nos parece la estricta aplicación del método de análisis marxista a una sociedad prehistórica, que lleva al autor a emplear términos tales como *trabajo dirigido por coerciones extraeconómicas, clases políticas...*» (12). En 1988, en cambio, las críticas cambian de signo, van por otros derroteros y parecen de otra naturaleza (13).

Un último factor de esta etapa que debe tenerse en consideración es que los arqueólogos se autoevaluaban no sólo según la ley marcada por el tráfico de influencias en el que estaban inmersos y que decidía su vida profesional, sino según tres termómetros aparentemente independientes: haber estado en Bordighera, haber excavado con el Instituto Alemán de Madrid o haber frecuentado a paleolitistas franceses. Casi todos los arqueólogos españoles de prestigio tradicional aprendieron a excavar con el profesor Lamboglia, con los profesores Schüle y Schubart, o con Bordes o, más tarde, Lumley. La pulcritud y la minuciosidad, sobre todo de los alemanes, pueden considerarse emblemáticas de la arqueología que aprendió toda una generación desde finales de los sesenta hasta mediados los setenta. Esta deuda con la arqueología foránea no anglosajona desarrolló en los futuros profesionales un espíritu marcadamente analítico-descriptivo, que caracterizó la arqueología posterior del país, aunque, por desgracia, también atrofió considerablemente las arqueologías sintéticas que sólo autores de reconocido prestigio y poder se veían capaces de proponer.

## 1.2. De 1981 a 1983

Con la necesaria tolerancia pactada por la democracia y en un contexto de optimismo económico y euforia social comenzaron a reproducirse los puestos de trabajo universitarios, tanto en sentido cuantitativo (se necesitaban más profesores) como en sentido cualitativo (los PNN vieron como, por fin, su situación tendía a estabilizarse). La escasez de tesis doctorales en Historia Antigua, Prehistoria y Arqueología favoreció que algunos profesionales que a pesar de las inclemencias de la historia habían logrado seguir en sus trece, no tuvieran «rivales» en unos concursos que dubitativamente comenzaron a hacerse públicos (14). Por otra parte, ayudantes, becarios o jóvenes profesores que habían salido rebotados de algunas universidades recalaron en otras y generaron grupos de presión aliviados de relaciones de vasallaje. Las administraciones autonómicas y locales fueron igualmente ampliando la demanda, y contribuyeron a desinstitucionalizar la arqueología reinstitucionándola.

---

(12) Reseña del libro mencionado a cargo de Rosa Leira y M. L. Ruiz Gálvez en la *Revista de Arqueología*, n.º 35, 1983: 5.

(13) Martínez Navarrete (1988: 533) considera el libro de *El Argar* «el acontecimiento más significativo ocurrido en la Prehistoria española, en los últimos años. Por primera vez (...se...) considera prioritario establecer el papel de la arqueología dentro de las ciencias llamadas sociales, introduciendo cuestiones de «ciencia» y «método».

(14) Recuerdo que ni aun así pude trabajar en la universidad donde me especialicé. Perdí los dos concursos a los que me presenté y no por falta de expediente. Después de la experiencia del primero, impugné el segundo y alguna razón me ampararía porque fue «retirada» la plaza cuando se aceptó mi impugnación.

En 1981 se producen en el Estado los primeros titubeos específicos de teoría arqueológica. Todos ellos están caracterizados por su marginalidad periférica (15). Debido a que todas las fuerzas arqueológicas seguían reproduciéndose en el terreno trillado de la investigación cronológica y empírica, continuaba siendo muy difícil acceder a los medios de difusión desde ideas diferentes. En 1981 se llevaron a cabo dos coloquios que iban a resultar altamente significativos para el futuro de nuestra arqueología, pero ya un poco antes, ese mismo año, se publicaron dos artículos de reflexión arqueológica que pasaron desapercibidos. El primero de ellos representa la última incursión, por el momento, de un antropólogo del Estado español en arqueología. M. Rivera, a quien los jóvenes arqueólogos madrileños deben tantas inquietudes, en un opúsculo titulado *Opiniones sobre la arqueología: su definición y relaciones*, realizaba un brillante esbozo de la historia de la arqueología sintetizando cuatro corrientes (esteticista, naturalista, histórica y etnográfica) definidoras de cuatro tipos de arqueólogos que comparten dos factores comunes: un personalismo metodológico y un interés por adoptar refinadas técnicas a la aberrante dicotomía entre el arqueólogo de campo y el de gabinete, o a la tendencia de los profesionales a valorar como buenos arqueólogos a los que poseen dotes de campo, aunque escasas luces interpretativas. Su denuncia de las excavaciones sin justificación alguna, del hábito museístico de acumular cacharros, o de la caza incontrolada en busca de la pieza, resultaban excepcionales en 1981. La segunda parte del artículo situaba el concepto ciencia en el marco positivista considerando la arqueología al modo americano (sin leyes no hay predicción y sin predicción no hay ciencia). Para Rivera «aplicar» el razonamiento hipotético deductivo, la teoría general de sistemas, la estadística, la ecología, la lógica positivista, o los *modelos*, basta para definir el estatuto científico. En esa misma línea defendía que las llamadas ciencias naturales se pueden aplicar a los grupos humanos de igual modo que a la naturaleza. Sólo hacia el final volvemos a encontrar el tema principal que ya hemos tratado con anterioridad: «la arqueología es una disciplina antropológica; si ésta estudia las culturas en general, la arqueología se especializa en las culturas del pasado» (textualmente en p. 102). Este artículo conforma el primer discurso amplio realizado en la península Ibérica que optó por el vigoroso ejemplo de la arqueología americana y reclamó, como era de suponer, una formación antropológica para los arqueólogos. En él se advertía textualmente que, «en nuestro país, y a pesar de que muchas cátedras universitarias se denominan de prehistoria y arqueología, la relación entre ambas disciplinas es nula» (*ibidem*, p. 103).

El otro trabajo pertenece a un grupo de Barcelona formado por algunos de los arqueólogos que formaron parte de la vieja *Asamblea*. Fue publicado en el *Homenaje a Tuñón de Lara* y representaba la primera crítica que conozco de la situación profesional en el área de prehistoria. Estévez, Gasull, Lull, Sanahuja y Vila denunciaban, por un lado, la escasez de puestos de trabajo y la ridícula infraestructura económica que invertía el Estado en arqueología y, por otro, la falta de operatividad legislativa provocadora indirecta de la destrucción del patrimonio. Consideraban que la división ministerial (MEC y MC) suponía una división básica en la arqueología

(15) R. Risch (1989, e.p.) define esta teoría arqueológica incipiente como «periférica», debido a que sus primeras manifestaciones tienen lugar o se publican en ciudades periféricas de la geografía española. Propondría redimensionarla y catalogarla asimismo de «marginal».

española y hacía equívoca la definición profesional del arqueólogo. Se esbozaba igualmente un cuadro desolador de la situación de los profesionales, obligados al pluriempleo forzoso, reducidos a la docencia, o formando parte del escasísimo número de las instituciones dedicadas a investigaciones arqueológicas (situación que se mantiene en la actualidad). En el artículo se rechazaba frontalmente la idea del arqueólogo como técnico al servicio del historiador o como paleoetnógrafo al servicio del antropólogo. Postulaba que la arqueología debe generar su propio entramado teórico y que es científica por su propia metodología y técnicas de lectura. Ya en fecha tan temprana para la teoría en nuestro país se criticaba a la *New Archaeology* que consideraba que las tres esferas de expresión social (economía, sociedad e ideología) eran variables independientes que condicionan aleatoriamente el proceso social. La segunda parte del artículo contenía una propuesta terminológica de raíz analítico-clarkeana y de una definición marxista de la arqueología: «Si la investigación arqueológica no consigue descubrir las diferentes formaciones económico-sociales, su evolución, el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas de las mismas y la complejidad de las relaciones de producción, la arqueología nunca adquirirá el carácter de verdadera ciencia social» (*ibidem*, p. 24).

De los dos acontecimientos que mencionábamos al principio de este apartado, el primero, el coloquio de Soria, revistió especial importancia. Cuando desde el Ministerio de Cultura se propuso celebrar una reunión sobre Metodología de Investigación Prehistórica, muchos arqueólogos marginados nos encontramos en Soria con el despiste característico de la falta de debate. Hasta ese momento tan sólo unos pocos arqueólogos estaban preocupados por las nuevas corrientes. El coloquio de Soria puede ser considerado el punto de arranque de discusión teórica en el ámbito estatal. Las diferencias metodológicas entre los que asistimos eran del mismo calibre que nuestra procedencia geográfica, pero la reunión, ya entonces, dio la sensación de ser diferente y los rollos que tuvimos que aguantar fueron de otro tipo sin dejar, no obstante, de serlo. En mi opinión fue un acontecimiento importante, aunque lamentablemente se publicó tarde y en forma alterada. Las actas del coloquio no reflejan adecuadamente lo que se presentó en aquella reunión. Los artículos que interesan en el presente contexto (englobados bajo los epígrafes de terminología y epistemología) fueron en su mayoría remodelados para su publicación y representan un estado de conocimientos posterior (16). Este procedimiento es muy común en España y resulta altamente irreverente con la historia porque deforma el peso de los acontecimientos (17). Si las intervenciones de Soria se hubieran recogido en manuscritos y repartido en fotocopias (procedimiento más vulgar pero más efectivo) hubiera quedado constancia puntual de la situación real (18). Pero, al parecer, las

(16) Sólo pueden adscribirse con seguridad a 1981 los artículos del grupo de Barcelona (Estévez, Gasull, Lull, Sanahuja y Vila) y de E. Cerrillo. La comunicación de C. Martín de Guzmán no es anterior a 1982, según se desprende de la bibliografía, y el de J. M. Vicent tiene una redacción definitiva fechada en febrero de 1984, según consta en nota correspondiente.

(17) Un espectacular ejemplo de este proceder lo constituyen algunas revistas locales que publican artículos fechados con anterioridad a la edición real (la Universidad de Granada, por ejemplo, saca a la luz sus *Cuadernos de Prehistoria* con un desfase de hasta cinco años y en ningún lugar consta, además, la fecha verdadera de la edición de los volúmenes). Este comentario debe entenderse desde la justa óptica del reproche que representa.

(18) Si cualquier investigador pretendiera hacer un análisis científico del estado de la teoría y

publicaciones estatales debían y deben ser realizadas con el lujo y gasto acostumbrados (incompatibles con la carestía presupuestaria).

Las comunicaciones que a nuestro parecer mejor reflejaban el estado de la teoría arqueológica fueron las de E. Cerrillo, J. M. Vicent, C. Martín de Guzmán y la del grupo de Barcelona citado anteriormente.

La primera de ellas insistía en que la información arqueológica tiene un carácter específico, siempre exiguo con respecto al sistema sociocultural del que procede. La arqueología como ciencia debía tender a alcanzar el máximo grado de certeza y de adecuación entre unas leyes y una realidad. A nivel metodológico el autor no se posicionaba entre los procedimientos inductivo y deductivo, ni tampoco entre la Arqueología y la Prehistoria, pues para él son disciplinas que convergen en un mismo fin (Cerrillo, 1984: 65). La comunicación era un firme exponente del batiburrillo que suponía mezclar las propuestas de Binford y Clarke con la propia tradición empírica que se había sufrido. Todo ello se dejaba notar explícitamente al postular que el conocimiento parte de «realidades tangibles, esencialmente empíricas» (*ibidem*, página 66). No obstante, la comunicación se esforzaba en dar a conocer las preocupaciones de Clarke por los disturbios en la emisión de información arqueológica.

El artículo de Vicent era más pretencioso pero, dado que su redacción es posterior y se encabalga en el tiempo con otras dos propuestas del mismo autor (1982 y 1983), lo trataremos más adelante.

El artículo del grupo de Barcelona insistía en que la arqueología posee una metodología específica, así como ciencias auxiliares y objetivos propios. La arqueología era entendida como una ciencia social que únicamente se diferenciaba de las demás por sus fuentes de información. Se argumentaba que los hallazgos son «productos» de una realidad socioeconómica, por lo que están sometidos a las leyes de comportamiento de las formaciones económico-sociales que los produjeron, y que el objetivo de la arqueología es conocer el comportamiento humano pasado y presente. El objetivo de la arqueología es, al igual que las demás ciencias históricas, establecer las leyes de desarrollo histórico. En esa comunicación se observaba una clara tensión entre un marxismo rotundo, que paradójicamente no matizaba cuál era el papel de la historia y cuál el del historiador, y una creencia firme en «lo científico» como agente de progreso que le confería un cierto tono neopositivista causado por el impacto de las *nuevas* ideas americanas (obsérvese la idea explícita de que la objetividad puede «medirse» según el grado de formalización y la amplitud de la contrastación). El artículo concluía con una propuesta terminológica que ha sido muy utilizada posteriormente y que ya forma parte del vocabulario arqueológico estatal, aunque, curiosamente, casi nunca es citada como referente.

El artículo de C. Martín de Guzmán es, a mi entender, el más interesante de los presentados en Soria. Su exposición del método hipotético-deductivo y su crítica a la arqueología tradicional eran muy completas. El procedimiento positivista que ponía no era rígido y se complementaba con un estructuralismo que le daba «sentido». Este «estructuralismo neopositivista» es trasladado con gran elegancia a la arqueología en una postura estrictamente modernista que incorpora la teoría de

---

la metodología arqueológicas en 1981 a partir de las Actas de Soria generaría un error histórico de bulto.

la información-comunicación y copia la teoría del signo de Saussure (19). En ciertos aspectos, el artículo era una aplicación de la semántica estructural a la arqueología (resulta ejemplar el apartado de la preteoría de los objetos que adapta de Moles, o las aportaciones que recoge de Hjelmslev y Saussure a partir de Lévi-Strauss (por supuesto). Risch (1989) ya anunció que el texto de Martín de Guzmán se adelanta incluso a la arqueología estructuralista anglosajona. Desgraciadamente, las ideas de este investigador no tuvieron el eco que merecían, probablemente porque el colectivo de arqueólogos españoles leía poco lo que suponía «ajeno» a la arqueología.

El otro acontecimiento «teórico» de importancia tuvo lugar en Cáceres, donde se celebraron las *II Jornadas de Metodología y Didáctica de la Historia* cuyas *Actas de Prehistoria y Arqueología* fueron publicadas en 1985. En cuanto a cuestiones de epistemología destaca la comunicación de Vicent. Este investigador proponía repensar la Prehistoria y la Arqueología desde una perspectiva epistemológica (o de Filosofía de la Ciencia). Su objeto residiría en averiguar el sistema de principios generales, de actitudes ante el conocimiento, de orientaciones intelectuales (1985: 58). Tras aclarar que la Filosofía de la Ciencia es metateoría (*ibidem*, n. 6) y que, por tanto, la epistemología hace a la ciencia su objeto de investigación, revisaba los conceptos de ciencia y metodología (*ibidem*, p. 59) y consideraba el conocimiento científico como resultado de una ordenación de la realidad a partir de los principios lógicos del método (*ibidem*, p. 56).

Desde el principio se observa como *leitmotiv* de la comunicación la crisis de identidad de la Prehistoria y la Arqueología (*ibidem*, p. 55). Crisis que sólo puede superarse desde un marco referencial estrictamente epistemológico en el que se discuta, reflexione y repiense críticamente la disciplina. Ese marco es el único posible ya que suministra un lenguaje exterior adecuado para tal fin (*ibidem*, 59 a 61). Vicent veía claras diferencias entre la Prehistoria y la Arqueología, aunque para él ambas se refieren al mismo objeto formal (curiosamente, los restos materiales de los grupos humanos) (*ibidem*, pp. 61-62). La arqueología transforma los datos en bruto en registro arqueológico y la prehistoria es la ciencia teórica de la cultura (*ibidem*, p. 66), lo que no es más que entender la arqueología al modo de Dunnell (sistemática material) y la prehistoria al modo de Rouse (ciencia teórica de la cultura). Vicent en aquellos momentos parecía entender la cultura desde la perspectiva neofuncionalista al obligar a la arqueología a convivir con la inmediatez. «La arqueología no debe trascender el nivel que le es propio: la elaboración del registro arqueológico que será la base de las deducciones de la Prehistoria» (*ibidem*, p. 66). Todo lo expuesto ilustra una reflexión que no contempla la actitud dialéctica y materialista que el autor irá incorporando posteriormente y no evalúa el alcance de este posicionamiento al obviar que la sistemática del registro presenta a su vez una axiomática exterior al sistema que obliga a reconsiderar la «inmediatez» del objeto de la arqueología, toda vez que su objeto formal también está sometido a criterios de clasificación exteriores, sintéticos y previos a esa sistemática material. La propuesta de generar una «prehistoria de modelos» insinuada al final del artículo cobra explicación en la influencia que comenzaba a ejercer en Madrid la arqueología antropológica de los «americanistas».

---

(19) No «Saussure», como machaconamente reitera la publicación.



El artículo que Vicent presentó en Soria y cuya redacción final es posterior al que acabamos de comentar, abundaba en la necesidad de acudir a referentes epistemológicos en la reflexión histórica. Las referencias a autores neopositivistas marcaban considerablemente el discurso y chocaban con la actitud crítica del autor. Vicent se movía dentro de ese marco referencial paradójico de una manera que llegaba a ser recalitrante cuando concluía que la opción teórica se definía «por tres condiciones limitadoras: la adecuación al objeto, su capacidad explicativa contrastable y su independencia del objeto» (*ibidem*, p. 75), lo que chocaba violentamente con la exigencia de explicitar los vínculos entre los principios expuestos y la praxis que se pretendía fundamentar. Al entender la metateoría como la(s) concepción(es) del(os) investigador(es) sobre los principios teóricos de su disciplina se veía abocado a reconocer corrientes de pensamiento desde la perspectiva del *reflexionismo* que comentamos al principio de este artículo y que fuera de la historia tiene escaso sentido. Su diferenciación entre anticientifistas y cientifistas, gracias a la quiebra proporcionada por la Revolución Tecnológica, es una idea prestada del discurso liberal y tan arbitraria como lo pueda ser cualquier opinión librepensante al respecto y que cae en un manido determinismo archiconocido (20). En cuanto a la temática prehistórica, Vicent adaptaba, transformándolos, los ciclos metodológicos de Harris hasta hacerlos irreconocibles en dos tendencias únicas, anticientifismo y cientifismo, la última de las cuales queda reconducida a un cientifismo simple y a un reformismo pragmático (positivismo y neopositivismo) que no dejan de ser nuevos y confusos reflexionismos.

En suma, Vicent, dejando aparte el cúmulo de inquietudes que explicitaba, incorporaba al discurso «prehistórico» una plataforma teórica que, aunque descansaba en ideas muy generales procedentes de la epistemología, tenía el valor de cuestionar y postular una actitud abierta para construir la base de operaciones teórica de la disciplina.

Un artículo de Vicent publicado en 1982 parece constituir la obra referencial de los dos que hemos mencionado. Su contenido insistía en el mismo sentido, pero sin tanto agobio de espacio. En este trabajo intentaba aclarar que, por un lado, estaban las tendencias metodológicas (entendidas como programas de investigación factual) y, por otro, las respuestas históricas a los problemas de la disciplina. Sigue reafirmando en este artículo la desafortunada (según mi opinión) diferencia específica entre prehistoria y arqueología que mencionamos con anterioridad y contra lo que pretendía el propio autor se valoraba implícitamente lo que él denominaba cientifismo. No obstante, la pregunta de fondo era, ¿es viable la Física social?, y como todos sabemos, las respuestas posibles a preguntas maravillosas siempre resultan encantadoras: «la Antropología Formal *debe* dotarnos de un arsenal de conceptos generales sobre *la naturaleza y funcionamiento de los sistemas culturales* y sus transformaciones:

---

(20) Los anticientifistas se pueden convertir en cientifistas con la misma facilidad que lo contrario. Un reconocido investigador madrileño, que prefiero olvidar y que fue profesor del propio Vicent, opinaba hace doce años, dentro del humanismo más agrio, que no se podría jamás «reconstruir» los sistemas socioeconómicos prehistóricos y ahora reconoce sin problemas que cuantos más análisis hagamos, más datos tendremos para reconstruirlos. Por otro lado, tampoco está claro que la Revolución Tecnológica provoque necesariamente una inflexión en la sociedad; por mucho menos que ese comentario han tildado a muchos investigadores de economicistas.

una Teoría Formal de la Cultura *debe proporcionar las reglas de interpretación* del objeto cultural, de la misma manera que la Mecánica proporciona las reglas de explicación del mundo físico» (Vicent, 1982: 50). Como puede verse, no se cae en la cuenta de que los conceptos clave son tan *formales* como los sistemas culturales. Por ello, lo que podamos «acordar» sobre su naturaleza o su funcionamiento resultará siempre «indecidible». Nuestra Teoría Formal de la cultura tan sólo será un montaje a modo de recetario ilustrativo en el que el significado de los objetos culturales será formal por definición, dado que los objetos serán «culturales» también por definición. Nuevamente el canto antropológico ajeno a la historia.

Durante 1982 y 1983 aparecieron otros artículos de base teórica que reflejaban las inquietudes arqueológicas del momento. J. Estévez y A. Vila insistieron en 1982 (esta vez en colaboración con R. Yll) en alguno de los argumentos teóricos que habían abordado en Soria. La defensa de la arqueología como ciencia, la exigencia de repensar los objetos arqueológicos desde su dimensión económico-social y la crítica a las tipologías continuaron constituyendo los temas principales.

E. Carbonell, M. Guilbaud y R. Mora (1983) incluían unas reflexiones sobre arqueología, prehistoria y epistemología en un artículo sobre «utilización de la lógica analítica para el estudio de tecno-complejos a cantos tallados» en las que destacaba un respeto implícito por la inducción (de la ordenación analítica a la inferencia histórica) y la firme consideración de que los datos arqueológicos son datos objetivos cuando «poseen una *intencionalidad* histórica sincrónica» (*ibidem*, página 3). Se reconoce igualmente que una «realidad histórica determinada» genera su propia historia, cayéndose, sin pretenderlo, en el argumento circular del particularismo, dado que «cada grupo prehistórico, *según su consciencia social*, capacidad de transformación, etc., *crea* unas pautas de transformación y comportamiento que no pueden ser consideradas como *leyes* generales, sino a lo sumo, como *particulares en cada momento histórico determinado*» (*ibidem*, p. 6). El criterio de demarcación de lo científico se establecía en «lo que está basado en el método experimental» y se afirmaba que «la experimentación en prehistoria puede llegar a *reproducir* (?) los datos» (*ibidem*, p. 3), cuestionándose si «puede llegar a reproducir los procesos que originaron los datos» (*ibidem*, p. 4). Por último, y a modo de declaración de principios, se defiende la idea de que el prehistoriador, «aunque se sirva del método científico para la ordenación y acumulación de los datos empíricos, no es un científico, es un humanista» y se propone avanzar «en la creación de nuevos conceptos que permitan una visión *neomarxista* (?) de la historia» (*ibidem*, p. 6). (Las cursivas y las interrogaciones de todas estas citas son mías.)

También se publicaron durante 1982 y 1983 algunas reflexiones teóricas sobre ciertos segmentos de interés de la disciplina. Así, Cerrillo (1982) dio a conocer unos breves comentarios sobre la «difusión como contacto cultural en arqueología», manteniéndose dentro de la línea de influencia clarkeana y Vicent y Navarrete (1983) abordaron en un breve, pero interesante, artículo (21) un tema de moda durante 1980 en el área anglófona, la periodización en arqueología, que mereció secciones específicas en las conferencias anuales del TAG (*Theoretical Archaeology Group*) que se han llevado a cabo en Inglaterra desde aquella época.

---

(21) Una valoración constructiva de ese trabajo puede encontrarse en P. González Mar-cén (e.p.).

## 2. De 1984 hasta la actualidad

Sería prematuro esbozar en las pocas páginas que restan (22) la enorme cantidad de propuestas teórico-metodológicas que se han incorporado durante los últimos cinco años y los trabajos de investigación que han tenido en cuenta las exigencias teóricas. Ello se debe a que por fin existe una mayor sensibilidad por la reflexión arqueológica, algo en lo que tienen mucho que ver las reuniones, coloquios y ciclos de conferencias que se han realizado en muchos puntos del Estado.

Las necesidades teóricas tomaron forma de seminarios sobre nuevas tendencias en arqueología a partir de 1984, esfumándose instantáneamente el espejismo de lo clandestino; los nuevos auditorios comenzaron a ser multitudinarios. Baste recordar la gran afluencia de asistentes a los coloquios de Arqueología Espacial organizados por el Seminario de Arqueología y Etnología Turolense (1984, 1986 y 1989), a las *II Jornadas de Metodología en la Historia* celebradas en Murcia en 1985, a las *Jornadas de Metodología arqueológica* que la misma ciudad organizó en 1986 (23), o a las *Corrents Teòrics en Arqueologia* celebradas en Barcelona (24) en 1986 y 1989.

Todas estas reuniones presentaron en su origen la peculiaridad de su marginalidad y fueron propuestas, como remarca Risch (1989), por grupos y personas ajenas al control de las instituciones, contando o no, lateralmente, con fondos públicos. Algunos encuentros nunca fueron publicados, como sucedió con el que la Sociedad de Amigos del Museo Arqueológico Nacional organizó en Madrid en 1985. Sin embargo, como ya hemos dicho, sirvieron para sensibilizar a un público arqueológico cada vez más consciente de la urgente necesidad de reflexionar sobre su disciplina.

Aparte de estas reuniones y coloquios, también ha aumentado la presencia de artículos teórico-metodológicos en muchas revistas. Parece que el tema está ahora de moda y resulta «prometedor» para la proyección social de los arqueólogos. Desde la divulgación se preguntan qué es la arqueología (25) o se dedican números monográficos de arqueología en revistas de mayor espectro de atención y reconocido prestigio (26). Se han realizado, además, análisis puntuales del estado de la arqueología en alguna de las nacionalidades del Estado (27) y se han criticado las irregularidades autonómicas en materia de patrimonio desde la prensa diaria a revistas semanales y mensuales de divulgación y especializadas. Incluso se han organizado congresos transnacionales de Teoría y Método (28) y se han realizado tesis doctorales y de licenciatura en las que la reflexión teórica ocupa un lugar de primer orden (29).

(22) Actualmente preparamos un análisis pormenorizado de este período.

(23) La primera de ellas organizada por los estudiantes y la segunda por las instituciones oficiales ante el éxito de la anterior convocatoria.

(24) Caso similar al cit. en la n. 22.

(25) Por lo menos desde 1985 (Carbonell y Mora) hasta 1988 (Criado).

(26) *Revista de Occidente*, n.º 81 (febrero 1988).

(27) Marc 7, «l'Arqueologia Catalana», en *L'Avenç*, 90-91-92, feb., mar. i abr. 1986.

(28) *I Coloquio Hispano-Mexicano de Teoría, Método y Conservación en Arqueología*. Las Navas del Marqués, Avila, mayo 1988.

(29) M. I. Martínez Navarrete (leída en 1985, publicada en 1988), P. Castro Martínez (leída en 1987, actualmente en prensa), P. González Marcén (leída en 1989, actualmente en prensa), F. Nocete Calvo (leída en 1988, publicada en 1989).

Por último, se han instituido nuevas revistas o se ha lavado la cara a las antiguas y los viejos trabajos cronológico-empíricos empiezan a impregnarse del nuevo vocabulario metodológico.

Todo lo expuesto requiere para estos últimos cinco años un análisis pormenorizado que exige una investigación independiente y estructuralmente teórica que abordaremos en otro lugar. No obstante, podemos adelantar el factor común que caracteriza este último lustro y que sigue siendo, a nuestro entender, estrictamente histórico. Es, sin duda, la pervivencia de los dos discursos que señalábamos al principio, el del compromiso y el de la competición, actualmente redimensionados, el primero por la supervivencia y el segundo por la sofisticación. Actualmente, este último discurso va incorporando muchos adeptos por reportar «fortuna», mientras el primero va quedado «empobrecido» como consecuencia del desplazamiento político de Occidente a posturas cada vez más conservadoras y menos dispuestas a generar alternativas globales.

## Bibliografía

- AA.VV. (1984): *Arqueología Espacial. Coloquio sobre distribución y relaciones entre los asentamientos*, 6 vols., septiembre, Teruel.
- (1986): *Arqueología Espacial. Coloquio sobre el microespacio*, 5 vols., septiembre, Teruel.
- (1986): *Jornadas sobre Metodología Arqueológica*, ed. facsímil, septiembre-octubre, Murcia.
- (1988): *Corrents teòrics en Arqueologia. Colloqui celebrat en la Universitat de Barcelona. Desembre 1986*, Barcelona.
- (1988): «La Arqueología hoy», *Revista de Occidente*, **81**.
- (1988): *Corrents Teòrics en Arqueologia*, diciembre, Barcelona.
- (1989): *Arqueología Espacial. Fronteras*, septiembre, Teruel.
- Alcina, J. (1975): «La arqueología en España: situación actual y perspectivas», *Primera Reunión de Antropólogos españoles. Sevilla, 1973*, Sevilla.
- Barthes, R. (1971): «Écrivains, Intellectuels, Professeurs», *Tel Quel*, **47**: 3-18.
- Binford, L. R. (1962): «Archaeology as Anthropology», *American Antiquity*, **28**, 2:217-225.
- Carbonell, E.; Guilbaud, M., y Mora, R. (1983): «Utilización de la lógica analítica para el estudio de tecno-complejos a cantos tallados», *Cahier Noir*, **1**: 3-64.
- Castro-Martínez, P. V. - E.P. (1987): *Campos de Urnas y sociedad. Clases de cerámica y relaciones sociales en la necrópolis de El Molar, Valle del Ebro, c. 800-600 a.n.e.* Tesis de Licenciatura leída en la Universitat de Barcelona en 1987.
- Cerrillo Martín de Cáceres, E. (1982): «Difusión como contacto cultural en arqueología», *Norba*, **3**: 129-137.
- Cerrillo Martín de Cáceres, E. (1984): «Problemas en el conocimiento. El ruido en la información arqueológica», *Primeras Jornadas de Metodología de Investigación Prehistórica. Soria, 1981*, Madrid, pp. 65-69.
- Esteva, C. (1959): «Sobre el método de la Arqueología», *Revista de Indias*, **75**: 89-106.
- Estévez, J.; Gasull, P.; Lull, V.; Sanahuja, M. E., y Vila, A. (1918a): «La investigación en Prehistoria: estado de la cuestión», *Estudios sobre Historia de España. Homenaje a Tuñón de Lara*. Tomo I, Madrid, pp. 17-24.
- (1984): «Arqueología como Arqueología. Propuesta para una terminología operativa», *Primeras Jornadas de Metodología de Investigación Prehistórica. Soria, 1981*, Madrid, pp. 21-28.
- Estévez, J.; Vila, A., e Yll, R. (1982): «La Prehistoire est morte, vive l'Archeologie!», *Dialektiké*, pp. 24-29.
- Gómez Fuentes, A. (1979): *Formas económicas del Paleolítico Superior Cantábrico*, Salamanca.
- González Marcén, P. - E.P. (1989): *Periodización en Arqueología: el caso del postalayótico mallorquín*. Tesis de Licenciatura leída en la Universitat Autònoma de Barcelona en 1989.
- Gran Aymerich, J. M. J. (1975): «Reflexiones y proposiciones operativas sobre una experiencia epistemológica en arqueología», *XIII Congreso Nacional de Arqueología, Zaragoza*, pp. 71-78.

- (1977): «Teoría y metodología arqueológica. A propósito de una serie de experiencias y de sus perspectivas teóricas», *XIV Congreso Nacional de Arqueología*, pp. 43-48.
- Lull, V. (1983): *La cultura del Argar. (Un modelo para el estudio de las formaciones económico-sociales prehistóricas.)* Tesis Doctoral leída en la Universitat de Barcelona en 1980. Madrid.
- Martín de Guzmán, C. (1984): «Nociones epistemológicas y arqueología prehistórica», *Primeras Jornadas de Metodología de Investigación Prehistórica. Soria, 1981*, Madrid, pp. 35-64.
- Martínez Navarrete, M. (1988): *La Edad del Bronce en la Submeseta sudoriental: una revisión crítica.* Universidad Complutense de Madrid (3 vols.). Tesis Doctoral leída en la Universidad Complutense de Madrid en 1985. Madrid.
- Martínez Navarrete, M., y Vicent García, J. M. (1983): «La periodización: un análisis histórico-crítico», *Homenaje al profesor Martín Almagro Basch, IV*: 343-352.
- Nocete Calvo, F. (1989): *El espacio de la Coerción. La transición al Estado en las campiñas del Alto Guadalquivir (España), 3000-1500 a.C.* Monographs on Spanish and Portuguese Archaeology 1. Oxford. Tesis Doctoral leída en la Universidad de Granada en 1988.
- Risch, R. (1989): «Discussion on Theory and Method in Spanish Archaeology during the 80's». En Hodder, I. (Ed. e.p.), *Archaeological Theory in Europe since the '60*, Londres.
- Rivera, M. (1971): «Introducción. Hacia una arqueología nueva», *Cuadernos de Antropología Social y Etnología*, **1**, **3**: III-VII, Madrid.
- (1981): «Opiniones sobre arqueología: su definición y sus relaciones», *Revista Universidad Complutense*, 1981, pp. 97-110.
- Ruiz Zapatero, G., y Alvarez Sánchez, J. R. (1989): «Arqueología y publicación», *Revista de Arqueología*, **96**: 5-11.
- Vicent García, J. M. (1982): «Las tendencias metodológicas en Prehistoria», *Trabajos de Prehistoria*, **39**: 9-53.
- (1984): «Fundamentos para una investigación epistemológica sobre la prehistoria», *Primeras Jornadas de Metodología de Investigación Prehistórica. Soria, 1981*, Madrid, pp. 71-87.
- (1985): «Un concepto de metodología. Hacia una definición epistemológica de la prehistoria y la arqueología», *Actas de las II Jornadas de Metodología y Didáctica de la Historia. Prehistoria y Arqueología*, Cáceres, pp. 55-72.
- Wiley, G. R. et al. (1953): *An Appraisal of Anthropology Today*, Chicago.
- Wiley, G. R., y Phillips, P. (1958): *Method and Theory in American Archaeology*, Chicago.